

HOY Y NO ABAJO

[A Leonora. . . aunque mi delirio extraña al tuyo, y en la distancia su eco sobre el desierto me dio esa calma que buscaba]

Comprendo mi ira

Fugaz relámpago

Arma letal puesta en tu frente

Y dispara tantas veces como quiera

Como necesitan las angustias

Salir a incendiar lo que adentro calcina

Con el polvo del conocimiento

Ese que hacia ustedes pulveriza

Y a mí me deja un hueco

Hondo

Donde persigo mi luz

Esa que estalla a la velocidad indemne en que vuela esto innombrable

Parecido a la barbaridad

Tan violento puede ser decir algo certero que se parezca a la verdad

Tan violento puede ser estar unos pasos más allá

Abajo

Sépanlo

Donde la ira se fermenta

Y es la respuesta ante el horror y el insulto

Los lenguajes se desintegran

El estado disociado

Lo sagrado una vez tocado

El resto

La realidad

Los hombres de negro que persiguen
Todo entra de golpe
Hacia el fondo
Como una masa derramada
En una imagen delirante
Estar en sí mismo
Ni el verbo ser entiende
Cómo se hace carne el delirio
Pero quien razona allí
Sabe de los enemigos reales
Y atenta
Porque es lo único que importa
Hasta dar la vida misma
Para salvar la vida
Porque es necesario inventarnos una nueva vida
Y si no se empieza a gritar, a atentar, a destruir cada institución
Hasta la disociación del cuerpo, ese cosificado, institución numeral
Hasta híper fragmentar la realidad
Con esos ojos que vieron el estallido, la luz partida en mil moviendo las cosas
Aferrándose al delirio, porque aquí no hay más que muerte
Y la cabeza explota
A esos extremos lleva la lucidez y la fineza del amor
Aproximaciones le llaman
¿A qué?
¿Hacia dónde?
Y ¿por qué uno no otro?
Aprendí a ver el destino

A descifrar los sueños
A llegar a altamar
¡Oh! ¡Raza de seres humanos!
En ti me vi Leonora
Como una pequeña con su cuento de Alicia
Repartiéndolo
Y... ¿qué me diste?
Nada
Esas cosas no tienen precio
Leonora lo supo, y pintó y escribió como la única
Porque las luchas genuinas
Que arrasan las ciudades y los cuerpos interiores
Que traspasan las fronteras
La verdadera batalla
Se da dentro
Y no hay que esperar ningún premio
Es por ello esa calidad de altura moral
¿Se entiende?
Abajo no es un libro
Va caminando
Como un ciego entre ciegos
Preguntando
¿Qué es la locura?
Hallaste muchas respuestas y encontraste la vida y el esplendor
Más allá de los muros y las sogas que te ataban
Siempre supiste de tu gloria
Pero *Abajo* sigue aquí con nosotros

Y no saben ni lo más mínimo para interpretar
Dicen... esas palabras
Porque *Abajo* no es un libro
Ni un testimonio
No está hecho de palabras
Es donde pasan algunos
Donde rozan el desgarro y entran
Valientes
Para saber que estar abajo es tan humano
Tan natural
Tan necesario
Una experiencia que debería ser el pan
En estos tiempos de crisis
Un pan por probar que nos confronte
Así quizá, algún día la surrealidad entre, brote y se instaure
Y no existe ese libro
Nada más que como evidencia del error.
Leonora te veo en la sala de hospital
Viajando a Santander
En una camilla rodeada de enfermeras que quieren disuadirte de esos pensamientos peligrosos
Porque el psiquiatra va a llegar y quizá persigue a su madre y a la religión
Olvidaste a tu padre
El mío miraba
Y yo creo ser tú
Sólo para sentir tu inmensa soledad en semejanza a la mía
El jardín y Egipto o el fin del mundo en la tv
El asesino de turno a quien acabar

Imagino tus ojos dando vueltas
Girando
Separados de los míos
Ese estado que tanto asusta a la convención de los burgueses
Creyendo cambiar el rumbo de la humanidad;
Moviendo los dedos
O las ramitas de los arboles
O quemando los naipes sobre el velador
Moviendo el universo al apagar la luz
Creyendo que Jerusalén y el paraíso entero está en el jardín de tu psiquiátrico
Leonora,
Me he recostado en ti
Hoy
Y no abajo
Aquí, desde donde puedo
Venida de lejos como tú
Hacer algo por la vida
La enfermedad abre senderos
Para poder ver
Para saber ver
Para poder hacer;
La obra
Esa otredad maravillosa que se instaurará
Sigamos moviendo los hitos
Milímetro a milímetro
Un poco más allá
Esa es la distancia que te parece incalculable

que te produce pavor

¡Oh! ¡Humanidad!

Verónica Cabanillas Samaniego.

“La poesía de mi hermano mayor”

Mi hermano mayor hizo lejanía de nuestra casa,
Su voz aletargaba e imprimía distancias,
Y su foto, en el camafeo del alma, sabia de frutas agrietadas.

Mi madre le leía cuando deseaba ser otra vez una niña,
un guijarro danzarín entre las patas de la niebla.
Uma niña de ramas.
Pero su película era breve,
Y su inocencia de artificio pronto se desvanecía.

Mi hermano creaba poesía
Y la sangre de agua de nuestros vientres se desbordaba,
Nos ahogaba un candil minúsculo, un rezo interminable.
Cuando mi hermano creaba su poesía
Volvía la fe y la voz,
aparecían objetos extraviados por los años
y detrás de las puertas los parientes muertos sonreían.

La poesía de mi hermano mayor mimetizó la lluvia que él dejara,
Su voz en pliego se hizo agua de cántaro ermitaño,
Mofa de una alegría inasible que sepultaba su rostro debajo de una piedra.

Mi hermano nos dejó versos cifrados,
Penas vacías de lenguaje,
Figuras de lodo que las eterna jarinas no dejaban secar.
Letras de fuego negro, figurines de peyote y maza,
Versos-ojo para ver desfallecer tardes,
Versos calientes, evocaciones arenales,
Horizontes perdidos en tristes trillos verticales,
Huellas, rastros, niebla y nieve,
Versos ermitaños, azolvados.

Mi padre escuchaba vestido de negro la letanía,
Su mente a caballo entre la luz enceguecedora y la niebla
Se deslizaba deslumbrada por laberintos literarios.

Mientras la casa se llenaba de ecos
Yo descosía la tela grosera de mi infancia feral,
Aprendí a sentir el rumor y la locura de sus versos en mi oído,
Y a ocultar los míos.

Jabri Dionisio

Era una, para quien la viera, saludable -y también cómoda- apertura de piernas -la totalidad de esa apertura hubiera sido como la dicha y el espanto de un niño ante una noche con cielo estrellado; pero pasó muy rápido, tanto ella como su par de piernas- subida en la bicicleta, que no era, definitivamente, el modelo más ajustado a su cuerpo, ni tan grande ni tan pequeño, tratándose, como se podía ver, de una bicicleta más pequeña que grande, pedaleando, presta, ágil, escurridiza y próxima -luego de, con descuidada gentileza, evitar atropellarme- a la curva en bajada, calculadora y moderadamente suicida, de la amplia calle espectacularmente vacía, como un río sólido que desemboca, sin llegar a moverse, en el mar, dando de pronto un, en cierto modo, coqueto, *zigzag* suave, entre meditativo y exploratorio, y deteniéndose -pero solo por unos momentos- cerca del borde, como si quisiera no olvidarse de algo, y fijar, de una vez por todas, una idea, para tomar luego otro impulso, ahuecando aún más -la ya de por sí- móvil, porosa y flexible muralla de viento, al hacer uso de sus eficientes músculos, que la llevarían dentro de escasos instantes, preciosos, intensos, mediante un movimiento giratorio metálico y de origen terrestre tanto como de aspiraciones angelicales y endemoniadamente aéreas, y como si fuera el estiramiento repentino y gracioso de una banda elástica o de la pierna de una bailarina, hacia abajo; pude ver que parecía estar disfrazada, visibles así sus ganas de no ser muy visible, portando gorra y audífonos, y entonces se palmeó, con energía amable (una mano hábil de triunfadora velocidad deportiva lanzada de lleno contra un fresco tambor) y con una suerte de entusiasmo masturbatorio, el muslo; pero lo hizo como si fuera el muslo de otra, cual abreviatura impetuosa o fusión acelerada de muchas caricias lentas y tiernas y sin dejar de sentir por otra parte que aquel muslo era indudablemente el suyo; un muslo, a la vez, pariente o símbolo de no se sabe cuántos otros haciendo presentes de golpe en respuesta a la llamada sonora, como una pequeña multitud; o, acaso, de uno solo que ciertamente valía por todos; se acompañaba, elevando su voz si apenas con una velada timidez, cantando alguna canción que se difundía levemente por encima de los rasguños asordinados casi indiscernibles de la música, que eran como su doble de silueta borrosa, semejantes a las alas imperceptibles de su bicicleta en reposo, y que la envolvían como un viento adicional, un viento interior, escapado cual halo fino y chispeante; sola, pero sin parecer sentir en lo absoluto soledad alguna, como quien habla solamente para sí sin que importe que alguien -fuera de su reino interior- pudiera escuchar su íntima conversación; ese palmazo, la rotundidad de su ejecución, dando por una sola y única vez la nota satisfactoria y precisa; esa alegre cachetada en la mejilla de aquella firme y delineada masa de carne cercana y ajena mima sus deseos más secretos, más inocentes y más feroces al calor desnudo del delicado fuego que emana de la luz tibia y ligeramente áspera de su voz.

Mario Castro Cobos

Para James y su maravillosa entrega a *Moby Dick*

La palabra es ese instante en que el silencio se cansa de ser nadie

Ahab se acerca a la ventana

- ¿Dónde está la ballena? - se dice

Melville borra la ventana

Ahab siente el aire sobre su rostro

Mientras despierta después de haber dormido por días a la orilla de una isla desconocida

Melville borra la isla

Ahab camina sobre las aguas,

Apoyándose en un bastón de segunda que *Ishmael* recogió y le regaló

Melville borra a *Ahab*, su bastón y a *Ishmael*

- ¿Dónde está la ballena?

(El eco cenizo de *Ahab* aún retumba sobre la húmeda bóveda)

Ahora todo es mar y lenguaje,

Melville lo sabe

Melville se levanta de su afable sillón,

Enciende una pipa,

Pasa los dedos por las páginas de un olvidado manuscrito,

Se detiene en la primera línea:

“*Call me Ishmael*” - repite

Pero él mismo ya no puede oírse

Desde su tumba

Lena Retamoso Urbano